

CONFERENCIAS

LA ESPAÑA DEL SIGLO XXI

UNA PERSPECTIVA DESDE LA HISTORIA

Por Stanley G. Payne

Hispanista. Catedrático de Historia.

Universidad de Wisconsin-Madison. EE.UU.

Stanley Payne considera que España entró en el siglo XXI con una imagen bien diferente de las que había presentado –o de las que habían sido aplicadas– durante los tres siglos anteriores. Todo pueblo o nación grande ha sido el objeto de estereotipos, prejuicios e imágenes dudosas, pero las aplicadas a España han sido probablemente más agudas, contundentes, y de mayor énfasis y duración que las aplicadas a otros países, afirma el hispanista.

Fundación Ramón Areces, 27 de enero de 2010

ESTEREOTIPOS TOTALMENTE APARTE, es una obviedad que se puede escribir una gran parte de la historia contemporánea de España, y también parte aun antes y durante la época moderna, en términos de la lucha por la transformación modernizante, por la modernización.

De los tres estereotipos clásicos con respecto

a España, solamente el primero –el estereotipo clásico que Julián Juderías bautizó hace casi exactamente un siglo como “la leyenda negra”– no tenía que ver con el problema de la modernización. Tanto la imagen número dos –la de la última parte del siglo XVII y del siglo XVIII, la de la España no peligrosa sino perezosa, pretenciosa e inepta, el estereotipo de la Ilustración– como la tercera imagen –la

de la España romántica— dependían en una gran parte de cuestiones de la modernización.

Según el segundo estereotipo, el país casi no había logrado nada durante los siglos XVII y XVIII; mientras en cambio, por el tercero, la España romántica, exactamente por eso, por la ausencia de cambio, por su tradicionalismo, dependía el gran encanto de España. El concepto de la España romántica consiguió invertir los estereotipos de la leyenda negra —los españoles no eran crueles sino valientes, no eran fanáticos sino espirituales e idealistas, no eran conquistadores sino artistas— pero para los escritores extranjeros que formaron el mito, todo esto dependía de la resistencia al cambio.

Los españoles habían preservado características —tal vez virtudes— que habían desaparecido en otros países como consecuencia de su modernización, una modernización que había convertido a sus ciudadanos en gente más estrecha, egoísta y materialista, sin imaginación, salvo para ganar dinero. Desde tal punto de vista, las virtudes exóticas de los españoles dependían de su aparente inmovilismo. Algunos de estos escritores extranjeros, en los últimos años de sus vidas en la segunda mitad del siglo XIX, se alarmaron ante algunas indicaciones de desarrollo, de cambio, en España.

Otra conclusión durante una gran parte de la época contemporánea fue la imagen de un país convulso, siempre en conflicto, dado a exageraciones políticas de un tipo u otro, de pronunciamientos, revoluciones y dictaduras. Un destacado político, Indalecio Prieto, tituló los tres tomos de su obra mayor *Convulsiones de España*, y hay una literatura grande en esta



categoría. Un hispanista norteamericano tituló su historia sociopolítica del país *La agonía de la modernización*.

Pero por el fin del siglo XX la agonía se había terminado sin la muerte del paciente sino con su aparentemente total recuperación. Se había logrado la modernización y se había puesto fin a la época de las convulsiones con una democratización que no meramente tuvo éxito, sino que por su fecha y forma consiguió formar una especie de “modelo” —el modelo español— inspeccionado e investigado por estudiosos y políticos en el extranjero, y que más o menos marcó la pauta de la tercera ola de democratización en el mundo del siglo XX, especialmente en Hispanoamérica y el este de Europa. Sería una exageración decir que otros países estaban meramente siguiendo los pasos o imitando el ejemplo español, porque todo dependía de la convergencia de una serie de factores en varios países muy apartados que

estaban en condiciones muy diferentes. Sin embargo, algo de eso había.

Históricamente, de “modelos españoles” para otros países ha habido varios, empezando con el Imperio. Durante la Edad Media, las in-

Un destacado político, Indalecio Prieto, tituló los tres tomos de su obra mayor *Convulsiones de España* y hay una literatura grande en esta categoría

fluencias siempre venían desde el otro lado de los Pirineos, y los reinos hispánicos absorbían toda clase de ideas, corrientes, influencias e instituciones. En toda esta primera época de historia española, no había mucho que exportar, salvo quizás por el ejemplo de la Iglesia

visigoda y algunos representantes de su cultura religiosa, que jugaron un papel de alguna importancia en la Francia carolingia. Aunque cuando no fue una cuestión de europeización —como, por ejemplo, con la evolución jurídica y de fueros y parlamentos— en que los reinos españoles estaban a la altura, o más, de otras partes de Europa, fue esencialmente una cuestión de evolución autóctona aproximadamente al mismo nivel de lo que pasaba en otras partes igualmente formadas y desarrolladas.

El primer modelo —más ejemplo que modelo— llegó con el imperio de ultramar en los siglos XVI y XVII. No fue una cuestión del modelo explícito del imperio castellano-español lo que se quería copiar, sino una parte de su éxito. Estructuralmente, todos

los cinco grandes imperios de la época moderna siguieron una pauta diferente, y hasta el portugués difería mucho del español. Ni siquiera hubo un modelo ibérico, pero el gran logro español marcó, sin embargo, la pauta fundamental, el ejemplo básico, que todos

querían, al menos en algún sentido, imitar y depredar. Y en cuanto al “modelo,” mejorar, sobre todo para ganar más dinero con ello.

Luego el modelo de monarquía castellana fuerte parecía ser un modelo para los france-

ses, en medio de los conflictos civiles galos de la época de las guerras de la religión. Más tarde los franceses, obviamente, pasaron a otro nivel con el absolutismo de Luis XIV. Por comparación, el llamado absolutismo español era poca cosa.

En la época que se llama por costumbre Contemporánea, el primer modelo español fue el modelo liberal, gaditano, el primer liberalismo europeo decimonónico del continente, que introdujo en el vocabulario político de Occidente sus neologismos de “liberal,” “guerrilla,” y, también “pronunciamiento,” y hasta “junta”; esta última palabra obviamente no neologismo pero que entonces empezó a pasar

Ciertamente ningún otro gran país del continente europeo pasó tantos años bajo regímenes liberales y parlamentarios en el siglo breve, entre 1833 y 1923

como término político a otros idiomas, porque durante toda una generación se hacía bastante caso de lo que estaba pasando en España en términos políticos. Este período, comenzando en 1810, duró unos veinticinco, quizá treinta, años. Influyó mucho en países como Portugal e Italia, y hasta por una breve temporada en la lejana Rusia, en Hispanoamérica y en otros países.

Curiosamente, coincidió con el primer auge del mito de la España romántica, que, al revés del liberalismo, puso el énfasis en el tra-

dicionalismo español. Entre los historiadores, continúa el debate sobre la cuestión del éxito relativo o fracaso del liberalismo español. No podemos abordarla aquí, pero ciertamente ningún otro gran país del continente europeo pasó tantos años bajo regímenes liberales y parlamentarios en el siglo breve, entre 1833 y 1923.

Los intentos políticos más avanzados no prosperaron. El federalismo casi no tuvo eco, y fue imposible reproducir el anarcosindicalismo en otros climas, mientras otros partidos socialistas astutamente se abstuvieron de seguir el ejemplo del socialismo español *bolchevizado*, como los socialistas decían, de los años treinta. Y lo mismo en cuanto al modelo franquista, de Estado corporativista católico, que se presentaba al fin de la Segunda Guerra Mundial como una gran alternativa al comunismo totalitario y al capitalismo democrático, aunque tenía varios ecos en Hispanoamérica.

Por eso podemos decir que el modelo de la democratización –logrando una democracia y una constitución de plenos derechos civiles a través del consenso, abriendo el sistema político de un modo completo sin represalias o venganzas, y manteniendo el respeto a las instituciones tradicionales– representó un triunfo cívico del cual todos, o casi todos, podían enorgullecerse justamente. La única cosa aún parcialmente parecida, aunque muy limitada por comparación, fue la restauración de Cádiz y la Constitución de 1876, que permitió y alentó una cierta aceptación del adversario político, pero en condiciones muy desiguales.

Las instituciones siempre sufren de imperfecciones, y de ciertos abusos en la práctica, y los tiempos cambian. En los últimos años se ha descubierto supuestamente muchos defectos en la Transición y en su sistema político, y se ha hablado bastante de la necesidad de una

“segunda Transición.” ¿Transición a qué? ¿A las clásicas imposiciones políticas unilaterales, que trajeron a España maravillas políticas, verdaderas utopías, sin duda, como el gobierno de los Exaltados, de Espartero, de la República Federal, el régimen unilateral y exclusivista de los Azaña? Estas son otra clase de transición; ninguna funcionó. Ha habido varias segundas transiciones en España, todas ellas desastres. Como Charles de Gaulle decía de sus conciudadanos en Francia, hay algunos, parece, que quieren volver a su vomito. Pero aquí sin duda es fácil exagerar, porque los que en realidad quieren tal cosa son muy pocos.

La verdad es que durante la Transición, una vez que las izquierdas se dieron cuenta de que no pudieron imponerse, como en el caso de la desastrosa Segunda República, lo que pidieron fue la amnistía total y el consenso, porque así querían evitar una imposición de parte de las derechas. El éxito de la Transición consistía exactamente en eso, en consenso.

Hay algunos defectos serios en las instituciones actuales –no es ningún secreto– pero los abusos no son tanto de la Transición sino del modo de practicar la democracia. Pero estas cuestiones no son mi tema, y mencionaré so-



lamente una, que tiene que ver con la Historia, que es la cuestión de legislar supuestas leyes de la Historia. Es verdad que todos los regímenes políticos casi sin excepción procuran establecer hasta cierto punto interpretaciones de la Historia, a través de monumentos, días nacionales de fiesta, y otras cosas. Pero las verdaderas democracias no votan leyes que presumen de imponer una interpretación específica de épocas conflictivas de su Historia.

Una ley de “memoria histórica” es un oxímoron, por varias razones. Primero, porque se trata de un abuso de lenguaje o confusión mental fundamental, puesto que “la memoria histórica” es algo inexistente y es literalmente imposible que exista. La memoria es una fa-

cultad individual, personal e inevitablemente subjetiva, mientras la historia es un campo de estudio erudito y científico, investigado no a base de las memorias subjetivas sino por los artefactos y documentos, a través de los datos impersonales y objetivos, y no es individual sino el trabajo de todo el conjunto de los historiadores, que son múltiples. La memoria de la Guerra Civil, por ejemplo, ha desaparecido salvo por un grupo limitado de ancianos, y es una imposibilidad física resucitarla a través de una ley del Parlamento. Eso es un poco como la legislación franquista o soviética. Se puede estudiar la memoria solamente a través de la historia oral o las memorias escritas de los participantes. La realidad es que España es el país occidental que experimenta la mayor dificultad en conseguir entender su Historia contemporánea, en echar cuentas, no por ningún “pacto de silencio,” otra frase para designar algo que nunca existió, sino porque hay muchos que prefieren vivir en la negación de la realidad. Para otro modo de proceder, Alemania sería un buen ejemplo.

Por otra parte, pasando las fronteras de España, esto es una cuestión del culto y de la ideología dominantes. No me refiero a ninguna de las ideologías sucesivas y diferentes del socialismo español, sino que me refiero a algo que es más amplio y de mayor influencia, que es la ideología dominante de la posmodernidad, la doctrina poscristiana y posmarxista de casi el mundo entero occidental –la corrección política–, o lo que se llama en España y en algunos otros países “el buenismo”. A este respecto, lo que es relevante aquí es la posición central del culto a la víctima, que ha reemplazado el culto al héroe que normalmente dominaba en la cultura tradicional. El culto a la víctima suele invocar un maniqueísmo para dividir a los actores históricos en perpetradores y víctimas. Su raíz no está tanto en el humanitarismo –aunque esto existe– sino en el intento de resolver

El Occidente Moderno es liberal, igualitario, capitalista, materialista y más relativista en su cultura, un relativismo que se controla actualmente, hasta cierto punto, por los caprichos de la corrección política

el sentido de la culpabilidad en una sociedad secularizada, buscando, con las víctimas, también los chivos expiatorios. Esto es fundamental en la religión política actual, en todos los países occidentales, sin excepción. En verdad, en algunas situaciones históricas es posible identificar de un modo nítido, empírico y objetivo a las víctimas y a los perpetradores, pero muchas veces las situaciones históricas son más complicadas. Muchas veces los mismos actores o grupos de actores constituyen una combinación de perpetradores y víctimas, con papeles varios, simétricos o asimétricos. Mirando fuera, se puede considerar el caso de los judíos europeos y los judíos israelíes en el siglo XX. El maniqueísmo es con frecuencia una ilusión y un error de análisis histórico.

Para formar una perspectiva más completa, no es suficiente la Historia nacional, el enfoque típico originalmente del siglo XIX, sino que hay que mirar a toda la civilización de que se forma parte, la Historia de Occidente. Una singularidad de la Historia occidental es que no es un mero continuo de sucesos, sino que se difiere de la de cualquier otra civilización en que consiste en dos grandes épocas de cultu-

ra con características no totalmente opuestas pero ciertamente muy diferentes. Estos dos ciclos son el de la cultura tradicional, o lo que se llama a veces el Occidente Viejo, abarcando a toda la llamada Edad Media (realmente ninguna época media sino la primera gran fase de la civilización occidental, a distinción de la civilización clásica) y también una gran parte de lo que, para mayor confusión, se suele llamar en la historiografía la Edad Moderna, de los siglos XVI y XVII. El Occidente Moderno tiene sus raíces en el primer ciclo, pero empieza a diferenciarse y plasmarse de un modo serio solamente en el siglo XVII en unos pocos países (todos en el noroeste de Europa) para llegar a ser dominante, paso por paso, fase por fase, país por país, en los siglos XIX y XX. El Occidente Viejo se caracterizaba por ser monárquico, jerárquico, religioso y funda-

mentalmente espiritual en su cultura, filosóficamente católico y no-materialista (a lo menos por la mayor parte). El Occidente Moderno, en cambio, es liberal, igualitario, capitalista, materialista y más relativista en su cultura, un relativismo que se controla actualmente, hasta cierto punto, por los caprichos de la corrección política. No se puede separar completamente estas dos grandes épocas, porque están interconectadas, pero en sus esencias son muy diferentes, casi como si formaran civilizaciones diferentes. Una estructura histórica de esta clase no se encuentra en la historia de cualquier otra civilización en la historia del mundo. Las otras civilizaciones revelan cesuras de esta clase solamente después de haber sucumbido en dimensiones importantes a la influencia del modernismo occidental.



Uno de los rasgos fundamentales de la historia de España que más llama la atención es su participación muy diferente en estos dos ciclos de la civilización occidental. Los reinos hispánicos empezaron su vida histórica en el primer ciclo con un gran *handicap*, una situación sumamente desfavorable, que poco a poco, siglo por siglo, lograron superar, hasta llegar al colmo de este primer ciclo de la civilización occidental en los siglos XVI y XVII. El primer gran historiador de las civilizaciones comparativas, el alemán Oswald Spengler, estimaba en su obra clásica que la España del siglo XVII representó el ápice de este ciclo de cultura. Para Spengler, la otra gran cultura nacional del continente en el siglo XVII, la francesa de Luis XIV, constituía una especie de plagio de la española, meramente continuando el desarrollo de sus formas con ciertos términos o expresiones diferentes. Sobre esa interpretación, huelga decir, puede haber mucho debate.

La experiencia de España en el segundo ciclo, el del Occidente Moderno, ha sido otra cosa. No empezó en condiciones tan desastrosas como las del siglo VIII, pero de todos los países occidentales, con la única excepción del vecino Portugal, encontró las mayores dificultades y obstáculos en transformarse, en lograr la modernización. El tradicionalismo en España se mantenía como el más arraigado de Europa occidental, en algunos aspectos más que en Portugal. Se puede conjeturar que en cierto sentido fue el precio pagado por haber logrado la forma anterior.



La historia está llena de sorpresas y paradojas. Una paradoja o ironía de la historia de España es que después de casi dos siglos de luchas –muy desiguales, por cierto– para lograr la modernización, cuando casi por primera vez se empezó a alcanzar un éxito importante en tal empresa, por primera vez consiguiendo quemar etapas entre la economía española y la de los países más avanzados, el país cayó víctima, en cierto sentido, de las consecuencias de este mismo éxito. Porque fue la aceleración del desarrollo durante la Primera Guerra Mundial y sobre todo de los años veinte lo que creó una verdadera revolución en la sociedad española, comparada con la cual la famosa “bolchevización del socialismo” del PSOE bajo la Segunda República no fue el impulso sino en cierto sentido el producto. Me refiero a la revolución psicológica de las aspiraciones crecientes, –la más fundamental de las revoluciones, porque

es una revolución interna, psicológica, emocional e individual, a la vez que social–. Este cambio fundamental en las perspectivas y las aspiraciones es lo que proporcionó las espe-

Había más libros sobre el marxismo en las librerías de Madrid en la primera parte de los años setenta que al comienzo de la Guerra Civil

ranzas y las demandas muy altas, pronto exageradas, que estimularon la radicalización de la vida política. Y así España llegó a ofrecer

otro modelo, pero negativo, el mejor ejemplo del mundo de su generación histórica del cumplimiento de la teoría básica de las revoluciones sociopolíticas –no la teoría marxista, sino la teoría de Alexis de Tocqueville, el famoso estudioso de la Revolución Francesa y de la democracia en América– que definió la teoría que está actualmente más en boga entre los eruditos. Según ella, las precondiciones necesarias no son la tiranía o la miseria, sino primero una mejora sustancial tanto de la vida económica como de la situación política, suscitando aspiraciones y demandas nuevas y fuertes, pero luego seguida por una serie de frustraciones –en el caso español la Gran Depresión, una victoria electoral de las derechas, la derrota

de cuatro insurrecciones revolucionarias de las izquierdas– que eleva al máximo las demandas revolucionarias. Luego finalmente estallaron con éxito en contra de una insurrección militar que –otra paradoja– tenía la intención de acabar con todo esto, no provocar su estallido.

Curiosamente, la cultura marxista en España no llegó a su ápice bajo la República, sino en los últimos años de Franco. Había más libros sobre el marxismo en las librerías de Madrid en la primera parte de los años setenta que al comienzo de la Guerra Civil. Esto fue la consecuencia, entre otras cosas, de la enorme expansión de la educación y de la coyuntura política del 68, la última gran época de la cultura de la izquierda radical, aunque ya en transición hacia la izquierda nueva. A pesar de su dominio en las universidades, esta cultura marxista no pudo imponerse en el mundo

político, bloqueada por las grandes dimensiones de la modernización económica y el éxito de una política de democratización. Un cierto tipo de lucha de clases sí existía allá en los años treinta, pero el tipo de lucha de clases que existía en la sociedad nueva de clase media muy amplia de los años setenta tenía lugar casi exclusivamente en las mentes de los teóricos radicales.

La larga marcha hacia la modernización, según parecía, felizmente cumplida con prosperidad y democracia, pero la Historia sigue llena de sorpresas. Una vez entrado plenamente en la nueva etapa democrática, el país se encontraba ante el hecho de que la modernidad clásica se desvanecía, y se encontraba en un mundo cambiando rápidamente hacia la llamada posmodernidad. (Ahora, técnicamente, la llamada posmodernidad es otro concepto algo confuso, porque todas las características o tendencias que se señalan de esta etapa ya existían, o de hecho o de modo implícito, en la modernidad clásica, donde, en las palabras famosas de Marx, “todo lo sólido se desvanece en el aire” –pero, para seguir la jerga regular, sigamos diciendo posmodernidad–). Después de varias generaciones de lucha para lograr la industrialización, y después de haberse convertido en la novena potencia industrial del mundo, el país se encontraba ante la economía posindustrial, y la necesidad de la reconversión a la economía de servicios. El hecho de que esto se lograba con bastante éxito en la última parte del siglo XX es una indicación de que la modernización fundamental se había logrado de verdad, y que no fue una ilusión.

Otra cosa son los desafíos del siglo XXI. En



seguida, en los primeros años de este siglo, la economía española, siguiendo las pautas más recientes, casi al unísono con las economías de Gran Bretaña y Estados Unidos, se dedicó con gran intensidad a la burbuja de la construcción y la vivienda, que funcionó más o menos tan bien, y luego tan mal, como en estos otros países. La crisis actual puede tratarse de algo bastante más grave que la reconversión de los ochenta, y su resolución mucho más complicada.

España no tenía tan mala suerte con las crisis económicas del siglo XX. La Gran Depresión de los años treinta, en términos puramente económicos, golpeó con menos severidad en un país no tan abierto al mercado internacional y no tan dependiente de las exportaciones o del capital extranjero como muchos otros países. El peor sufrimiento económico vino de las guerras –la Guerra Civil, la Guerra Mun-

dial– y las consecuencias de la revolución, primero, y la política equivocada, segundo, del régimen de Franco. Esta vez, en el siglo XXI, las consecuencias pueden ser bastante graves. Probablemente estamos entrando en una época que requiere otra conversión parcial de estructura y de costumbres socioeconómicas.

A largo plazo resulta cierto que la cuestión del porvenir del Estado de las autonomías, es el problema cívico número uno

Me parece que en los años más recientes muchos españoles han concluido que, después del éxito de la modernización y de la consolidación democrática, el principal problema

político del país es el que los españoles tienen exclusivamente con sí mismos en términos de identidad, unidad y cooperación. En un lado se ha criticado a la Transición por no haber dado un poder adecuado a la izquierda (es decir, un poder total), pero desde otro punto de vista totalmente diferente por haber impulsado un modelo de Estado desequilibrado con tendencias a la escisión. En este momento mismo tal cuestión no es tan importante como el dilema económico, y por eso durante el último año las demandas de revisión autonómica han disminuido, pero a largo plazo resulta cierto que la cuestión de unidad/desvinculación, la cuestión del porvenir del Estado de las autonomías, es el problema cívico número uno.

El único otro gran país europeo que ha experimentado un debate político interior sobre la identidad nacional durante esta última generación de la envergadura y gravedad del debate en España es Rusia. Durante los años noventa, inmediatamente después del colapso de la Unión Soviética, el problema fue bastante más acuciante en Rusia que aquí. España, de todos modos, ha existido de alguna

forma como Estado político por más de medio milenio, aunque los mismos españoles tienen bastante dificultad en ponerse de acuerdo sobre cómo se ha definido esta forma histó-

ricamente. Pero “Rusia,” como tal, no había existido nunca, y en cierto sentido tuvo que inventarse. Lo que existía desde que se ganó la independencia completa de los mongoles fue “la Moscova,” que se transformó de un modo relativamente rápido al Imperio zarista, con sus más de cien etnias y más de cien idiomas. La nación rusa nunca existió en términos políticos, y la formación de la Unión Soviética complicó la situación aún más, porque los bolcheviques querían eliminar cualquier vestigio de dominación rusa. Ellos fueron los que inventaron la “acción afirmativa” a favor de las minorías. El traspaso a un cierto nacionalismo ruso iba muy despacio, aunque de un modo más acusado durante los últimos años soviéticos.

Después de 1991 con la consolidación de la nueva Rusia, estalló la Federación Rusa. El gran debate sobre Rusia, sobre todo durante los años noventa, fue, en cierto sentido, aún más enrevesado que el debate sobre España. Había más territorio, y muchísimas más lenguas. Salvo por la secesión de Chechenia, la cosa funcionaba en términos políticos, pero en los primeros años había una crisis político-psicológica en la clase política y en los intelectuales. Era más o menos de rigor para cualquier aspirante político publicar su propio artículo, folleto o librito sobre la identidad rusa, probablemente el rito de pasaje de esta clase más acusado de cualquier país del mundo.

Luego, con el siglo XXI, con el gobierno de Putin, Rusia ha sido fiel a su historia, como la tierra de la “pseudo morfosis,” y nominalmente ha resuelto el problema con una especie de autoritarismo político que impone su versión de nacionalismo ruso. Como siempre, Rusia



ofrece el ejemplo de cómo no se debe hacer las cosas.

En España, como país occidental, todo al revés. Rusia ha llegado en estos últimos años a ser más autoritaria y más centralista, mientras España, según parece, llega a ser tal vez no más democrática pero sí más autonómica. En la época de la globalización, los viejos estados centrales pierden más y más poder, y pierden el apoyo del sentimiento unitario. Pero mientras las grandes naciones históricas en Europa, fuera de Rusia, pierden más y más su sentimiento nacional, tal cosa sin embargo crece entre las comunidades pequeñas, que parece contradictorio. Algunos españoles imputan esto al puro egoísmo de las regiones, y algo de eso habrá, pero las raíces del problema son más profundas. Mientras ocurren la globalización y todos los cambios de la época de la posmodernidad, disminuyen las identidades nacionales en las sociedades más desarrolladas

y democráticas, promocionando lo que se llama el “trans-nacionalismo”: la gente se recompensa enfocándose en lo individual, lo local y lo regional, porque las grandes naciones centrales ya no tienen el mismo papel exclusivo y no es necesario depender de ellos en el mismo grado. En esa situación hay un gran afán por la *deconstrucción*, una prioridad que se aplica muchas veces de una forma caprichosa, pero sobre todo contra todo lo que ha sido antes dominante, y se va teóricamente en busca de la libertad bajo formas nuevas. Ahora, si se quiere ser consistente con esto, hace falta una regresión en la *deconstrucción ad infinitum*, que al final deja poco títere con cabeza, pero la forma normal de practicar este deporte es establecer un cierto marco nuevo, y entonces investirlo con nuevas reclamaciones absolutas, aunque la lógica es poco convincente y francamente contradictoria.

Verdad es que el problema autonómico es

bastante más severo en España que en otros países, una consecuencia de la historia específica del país y las tendencias socioculturales nuevas, y sobre todo con las asimetrías reclamadas y existentes, que hacen imposible un verdadero federalismo. En España durante los últimos veinte años todo esto ha provocado un debate político e histórico que no tiene igual en el mundo occidental, y solamente por algunos años en Rusia. Hasta en Rusia no se hurgaba tanto en la historia medieval, o lo que se presenta como historia medieval, para encontrar argumentos políticos contemporáneos, como en España. Es muy difícil, por ejemplo, definir con exactitud los lazos comunitarios, políticos, culturales y religiosos entre los antiguos reinos hispánicos, pero la misma cosa sería igual de difícil con respecto a los poderes diferentes en la Alemania o la Italia medievales. Algunos histo-

España pasó por las experiencias típicas, largas y lentas, que tendían a la plasmación de una nación política moderna durante los siglos XVIII y XIX, que parecían al punto de colmarse con éxito durante una parte del siglo XIX

riadores y comentaristas hablan de algo como comunidad cultural, o político-geográfica, o

religiosa, unos pocos utilizan el concepto de “imperio,” aunque no puede ser más que metafórico, otros niegan que existiera ninguna identidad en cualquier forma.

El argumento predilecto de toda una escuela de historiadores, y no exclusivamente de España (o dentro de España), de que la monarquía unida al fin del siglo XV creó la primera nación moderna es una exageración muy evidente. Los factores de lo que se llama “nación moderna” sencillamente no existían. Hay que distinguir entre “nación histórica” y “nación política moderna”. España fue una de las primeras naciones históricas, que es algo diferente, porque en la Edad Media la voz “nación” no se refería a una unidad política unificada, sino a un territorio o principado (a veces varios principados), o a una región o un idioma. No fue una acepción política, sino descriptiva, en los sentidos ya indicados, mientras nación política unificada es un concepto

Fue el filósofo Nietzsche quien advirtió que todo lo que tiene una historia no puede ser definido

sobre todo político, emergiendo en la última parte del siglo XVIII.

España pasó por las experiencias típicas, largas y lentas, que tendían a la plasmación de una nación política moderna durante los siglos XVIII y XIX, que parecían al punto de colmarse con éxito durante una parte del siglo XIX. Pero varios factores atrasaron el proceso, algunos de ellos llegando eventualmente a subvertirlo, al menos en parte. Todo esto ha sido estudiado en gran detalle por la historiografía de la última generación. En el siglo XX,

el nacionalismo español antes de 1936 probablemente batió todos los *records* europeos por debilidad, aunque se puede tener una nación adecuada sin gran nacionalismo. Que el nacionalismo surgiera como fórmula rigurosamente autoritaria, como respuesta a la revolución y la disgregación, fue una solución a corto plazo que no resolvió el problema, sino que a largo plazo lo empeoró. Es evidente que Italia, empezando el proceso más tarde y en peores condiciones, tenía más éxito en la formación de una nación, no dependiendo meramente del fascismo. Y por eso el conflicto y la negociación sobre estas cosas en España van a continuar.

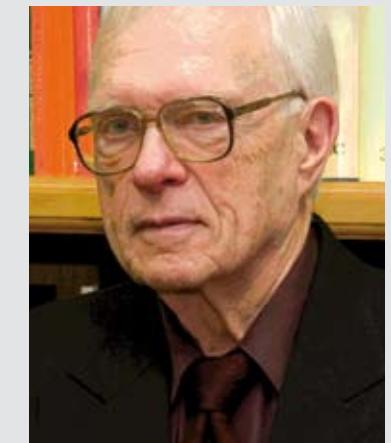
Fue el filósofo Nietzsche quien advirtió que todo lo que tiene una historia no puede ser definido. Esto ciertamente es el caso de la nación española actual y su forma de Estado. Cuando su sistema político se llama “Estado de las autonomías,” esto realmente no explica mucho a un extranjero. Algunos quieren llamar al país una “nación de naciones,” algo que no puede ser, porque es puro oxímoron como “memoria histórica.” Un consenso corriente dice “Estado complejo” de una “nación plural”, que puede ser lo más aceptable.

Hace medio siglo, precisamente en 1962 en Bayona, un amigo mío que era nacionalista vasco me explicó que sus colegas políticos miraban las posibilidades de mayor unidad e internacionalización europeas como la alternativa que facilitaría las posibilidades de desassociarse de España. Tal perspectiva en aquel momento, en plena dictadura franquista, me sorprendió, aunque luego se ha podido seguir por ese camino. Sin embargo, a pesar de toda la arrogancia de los burócratas en Bruselas que pretenden hacerse con más y más poder internacional, es un poco pronto para creer sin más que los Estados históricos se van a diluir indefinidamente hasta casi desaparecer. Eso

no es tan probable.

Queda finalmente la perspectiva, que no es ningún descubrimiento mío, de que la historia política contemporánea de España se mueve en ciclos de aproximadamente 65 años. Eso es, de las Cortes de Cádiz hasta el derrocamiento de la República Federal, 1810-1874, 64 años. De la Restauración de los Borbones hasta el fin de la gran Guerra Civil, 1874-1939, 65 años. Del comienzo del régimen de Franco hasta el 11-M de 2004, 65 años. Los dos primeros ciclos quedan muy claros, pero ¿ha comenzado un nuevo ciclo con el atentado islamista y el gobierno de Zapatero? La interpretación catastrofista hecha por los críticos de Zapatero es que con este gobierno se ha iniciado la etapa de la disgregación de España. Uno de los problemas con esta interpretación es que proyecta casi *ad infinitum* ciertas tendencias de la primera administración de Zapatero, que han sido parcialmente paralizadas por las consecuencias de la recesión, consecuencias que van a durar bastante tiempo en España, más que en algunos otros países.

El último medio siglo ha sido probablemente el más feliz de toda la larga historia de España, y ciertamente el medio siglo más libre y próspero. Pero se ve que en un mundo tan competitivo, y tan propenso a los grandes cambios sin precedentes, no meramente en sus estructuras económicas sino en otras dimensiones de la vida igualmente fundamentales, no se puede descansar sobre los remos, sino al revés: hay que aprender a correr con mayor velocidad meramente para mantener el mismo sitio. Durante este último medio siglo y más, muchos españoles han trabajado muy duro, con gran intensidad, para lograr lo que se ha logrado. Sin duda pueden esforzarse con éxito en un porvenir inmediato para enfrentarse con estos desafíos nuevos, también. Hay que tener confianza en ello.



Stanley George Payne

Prestigioso hispanista estadounidense, es Doctor en Historia por la Universidad de Columbia y Profesor Emérito de Historia en la Universidad de Wisconsin-Madison, donde ostenta la cátedra Hilldale-Jaume Vicens Vives. Miembro de la Academia Americana de Artes y Ciencias, y, desde 1987, académico de la Real Academia Española de la Historia. En 2009 recibió la Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica. Ha publicado quince libros y más de 150 artículos en revistas especializadas, principalmente sobre la Historia de España.